

	Págs.
Pláticas Doctrinales.—La del Agua.....	126
La Doncella de Orleans.—Panegírico de la Santa, pronun- ciado en la Iglesia Universal de México.....	130
Pláticas Doctrinales.—La Batalla de San Juan.....	133
Literatura Episcopal.....	138
¿Para qué.....?	142
Pláticas Doctrinales.—Ee la muerte def señor Conde de To- reno.....	144
Pláticas Doctrinales.....	147
Pláticas Doctrinales.....	149
Cosas que hacen falta.—La Vergüenza.....	151
Cosas que hacen falta.—El Dinero.....	156
Cosas que hacen falta.—La Memoria.....	165
Cosas que hacen falta.—El Sentido común.....	171
Cosas que hacen falta.—El Latín.....	178
Cosas que hacen falta.—El Calor.....	185
Cosas que hacen falta.—La Pedagogía.....	189
Cosas que hacen falta.—La Paz.....	193
La Guerra de Independencia.....	199
Campoamor sin corona.....	206
Benito Juárez.....	212
Carta del Duque Job.—Por qué no voto.—Al Sr. Director de «El Universal».....	217
A los Héros jóvenes.....	222



UMBRAL.

..... Y he aquí que, de improviso, llama a mi espíritu la sombra de un ausente. Tiene en sus ojos verdes, color de mar en calma, los puntitos brillantes de epigrama y trae entre sus manos un haz de gardenias. Hay en su boca, de labios trémulos, una sonrisa amable y en su frente, abrupta y montañosa, se cuajan las ideas como un cielo de estrellas. Y ha sido, una vez más, la renovación de esta vida que en un día brutal se separó de nuestras vidas. Ha sido el mismo dolor, que el tiempo ha orlado piadosamente con un crespón de melancolía, que guarda, en el fondo, un sedimento de esperanza. Acaso porque a medida que más lejos, se está más cerca de los que precipitaron la partida. Y entonces—como tantas veces—he recorrido nuevamente aquel camino de risas y amarguras, de exaltaciones y fatigas, de ilusiones y de luchas, que sólo tuvo para mi amigo una salida: la encrucijada que le abrió la Muerte en un ardid tosco y traicionero.

¡Huir! ¡Evadirse! Qué obstinadamente la ateneaba esta obsesión! ¡Cómo había echado en él raíces el anhelo de redimirse de aquella brega de forzado, remando, remando siempre, en la triunfal galera coronada de flores! Ganar la hospitalaria orilla, internarse tierra adentro, por entre senderos zigzagueantes, al abrigo de viejas frondas; ir libremente, el alma franca a todos los sueños, el corazón vibrante a todos los ritmos, ser enteramente de uno mismo, íntimamente de uno mismo, hacer la plena conquista de su personalidad, y ostentarla, imponerla, por derecho de supremacía mental, por superioridad de espíritu. Y esto que logra—¡oh miseria!—cualquier otro luchador, no más obediente que él a la ley del

esfuerzo ni más pródigo en esparcir energías, no lo alcanzó jamás aquel hombre del cerebro de oro, que vivió la vida que los demás quisieron que viviera. ¿Cómo no poner el deseo en esa Tierra Prometida, que ni aun llegó a vislumbrar Gutiérrez Nájera en su marcha fatigosa a través de las arenas del desierto? ¿Cómo no buscar aquel rinconcito azul, muy azul—color de alas, color de cielo, color de infinito—; cómo no buscar aquel rinconcito, nido de arte, que una mañana intentó colgar en el alero de su palacio de Príncipe del Ensueño?

Y fué una noche, en torno de la mesa de un banquete, con que se celebraba el nacimiento de una Revista, cuando aquel resignado, dejó escapar discretamente su honda queja de irredento. Y aquella noche salió, vestido de etiqueta, envuelto en los encajes de un brindis, el prolongado lamento de una existencia, pudoroso y suave, a modo de gorjeo de ave salpicado con rocío de alma enferma. Fué su única protesta. Y fué también la última: siete meses después emprendía el viaje irreparable. Hasta entonces no comprendimos que hacía mucho tiempo que Manuel se moría; se moría calladamente, dulcemente, sin insumisiones ni rebeldías; tal como había vivido. Y nuestra pugna contra la realidad injusta era "*lontano come un grande amore*"

* * *

Frente a mí, en la amplia mesa donde escribo, invadida por un tropel de papeles, de apuntes, de periódicos, de libros, está el primer tomo de la "Revista Azul." Lo abro, al azar, y de la página donde caigo surge otro dolor nuevo e intenso: un artículo de Gutiérrez Nájera al recuerdo de *Gloria* y dedicado a Justo Sierra. a Justo, que ya es todo luz en medio de las tinieblas que nos rodean. Me inclino, como ante una imagen divina, y leo:

"Mi hijita duerme sosegada en la pieza contigua. Hasta aquí me llega el suave rumor de su respiración. Ya la besé en los rubios rizos, sin que me sintiera. Ya puse mi cabeza bajo el ala del ángel. Ya dió ese beso matinal a mi alma el pan de cada día. ¡Ya estoy pagado! Trabajaré más ¡oh Dios! para que ella ría, para que ella juegue, para que siga creyendo que puedo darla todo y que cuando ella duerme todo cesa, y nada más las estrellas y los ánge-

les siguen despiertos, sólo por cuidarla. Allí está toda la vida mía; duerme tranquila. Una infinita felicidad llena de lágrimas mis ojos!"

Allí está toda el alma de aquel hombre, blanca, tan blanca como la de aquella niña en la que él ponía su cabeza, atormentada por una cerebración tenaz y vigorosa, que lentamente lo iba arrasando. Poned en frente el problema: una sensibilidad de espíritu bueno ante una tarea de titán. Porque fué un titán de esfuerzo, de aliento, de paciencia, de atención, de constancia, este maestro joven, que derrochó a manos llenas todo su caudal de talento, de ingenio, de sutileza, de buen gusto, de donaire, diluyéndolo, como corriente de oro, en las arterias de la nueva literatura hispanoamericana. ¿Cómo había de vivir mucho, si para vivir mucho hay que vivir poco? Si cuando se es generoso, como él lo era, la vida es un regalo que se hace a los otros. Y es verdad: otros han vivido con lo que arrojó este manirroto. Con las migajas que de su plato se caían ha habido para que se mantengan muchos mendigos literarios.

Y luego, en estas materias ¿cómo se pudiera ser generoso protestando, al mismo tiempo, contra el comunismo? El *Duque* llevaba más adelante su piedad, y aun sabía hacer frecuentes limosnas de cariño, sin ocurrírsele nunca reclamar el *vuelto*, siquiera fuese en monedas de cobre, de las piezas de oro que entregaba a la primera mano que se le tendía. Cuando el agravio traspasaba su coraza, forjada con el mazo de la compasión en el yunque del estoicismo, buscaba él moldes suaves en que se encerraran fácilmente frágiles atenuantes de buen tono—¡oh delicioso humorista!—enraizadas, por la naturaleza misma de los hombres y las cosas, en terrenos agrios e infecundos. Y entonces dice, al hablar de *su* cementerio: "Entre los vivos sí, a ocasiones, me hallo sólo, porque entre los vivos tengo verdaderos muertos. Ese . . . ese que pasa y me saluda, es un amigo muerto. muerto para siempre. Y así hay muchos!"—Años más tarde debía escribir Anatole France en el *Jardín de Epicuro*: "Cuanto más pienso en la vida humana más me persuado de que conviene darle por testigos y por jueces a la Ironía y la Piedad"

* *

¡Un humorista! Lo era de una suavidad y una finura incomparables. Y acaso, más tarde, haya que subrayar este estado de espíritu, apenas señalado por el público, atraído preferentemente por la maravillosa factura del poeta o la brillante gallardía del prosista. En torno de la miel en que empapaba su pluma, zumbaban dulcemente las abejas del Parnaso. Alguna de ellas dejó más de una vez la huella de su agujón en el papel; alguna, escapada del panal de los Goncourt o que había libado en las corolas del Daudet de "Tartarin" y del Flaubert de "Bouvard y Pecuchet", trazó con su dardo, casi invisible, una sutil ironía, *a la sordina*. Y luego, como arrependido, apresurábase a poner toda la ingenuidad bondadosa que de él emanaba. "Arriba las ondas bullentes de la gracia; abajo las aguas silenciosas y dormidas de la ternura," ha escrito uno de sus prologuistas.

¿Pero era, como se ha dicho, transplantado su humorismo? ¿Era *un modo* adquirido, antes que un epifenómeno, que la expresión de un temperamento? Antaño se discutió en un periódico si *había o no había* humorismo en México; si el suelo le era o no propicio; si era artículo de importación o lo producía espontáneamente la tierra. Y se afirmó entonces que ni la melancolía, taciturna y doliente, de la raza indígena, ni la aspereza mística de los conquistadores castellanos han podido abonar los jardines en que se expande esta flor de ingenio. Y ahí está el error, a mi juicio. Para mí el humorismo es, precisamente, el fruto de una contradicción, que nace del imposible maridaje entre la ensoñación del ideal y la imposición de la realidad. El humorismo es—si vale decirlo— la *adaptación de una rebeldía*, y suele ser, a ocasiones, una *resignación a la inversa*. Por eso, a poco que se raspe su barniz brillante, descúbrese en el *humor* un fondo de incurable tristeza. Creo que algo de esto ha dicho Tackeray en una célebre conferencia. La *sal andaluza* se derrama con abundancia en un medio habitado por las remembranzas musulmicas, hondamente reflejadas en su literatura popular, en su música, en sus cantos, en sus *soledades*, en sus *sactas*.

Discutir si hay o no hay ambiente en México favorable a la efloración del humorismo, cuando tantas manifestaciones recogemos

a diario, no ya en los pisos altos del edificio sino a ras del suelo, de esta tendencia vaga a encontrar el sabor dulce en el amargo de las cosas, me parece algo así tan incongruente como anotar todos los elementos destructores que se alían para determinar la muerte de un individuo que goza de buena salud. El debate me pareció estéril, y sobre estéril, para mí, entonces, particularmente peligroso. ¿Que no puede haber humorismo en México?

—Silencio, por Dios, caballeros! Que no se enteren mis editores, porque van a obligarme a que les devuelva el dinero.

Sí, eso era esencialmente, fundamentalmente Gutiérrez Nájera: un humorista. Y lo era, no por lecturas, no por asimilación, no por acto volitivo, sino por idiosincracia, por temperamento, por función psicológica, libre y espontánea. Lo era, porque su composición espiritual se ajustaba sin esfuerzo a aquellas modalidades literarias anotadas por Tackeray, a quien invoco de nuevo: "El humorista no hace resaltar únicamente el ridículo de las cosas, sino además hace un llamamiento directo a la piedad, a la ternura, al odio hacia la impostura, a nuestra compasión por los que sufren, por los oprimidos, por los míseros"

* *

No es éste un prólogo. Ni podría serlo. Manuel Gutiérrez Nájera ha tenido prologuistas dignos de su ingenio, penetrantes comentaristas de su obra. No ha de codearse con ellos quien carece de relieve en el mundo del arte. Mi *aventura literaria* terminó con la muerte de mi amigo. Fué un momento incomparable de mi vida, que debo a aquel suscitador de bellezas ocultas. El despertó en mí al poeta que todos llevamos dentro. Lo confesé llanamente en las páginas de la "Revista Azul" el día en que lo llevamos a su última morada: "El despertó mis recuerdos, hirió fibras atrofiadas, sensaciones dormidas; me alzó hasta su copa y me hizo beber en ella; abrió a mi espíritu, fatigado y vacilante, un oasis y me hizo penetrar en la amplia nave del templo donde él oficiaba. ¡Oh instante solemne que no olvidaré nunca! Ya, al conjuro de su voz, las palabras tomaban sonidos nuevos, y las luces resplandores ignorados; y los matices se descomponían y la música hablaba en un lenguaje extraño. Y ya todo era hermoso y todo explicable. "Ido el

magos, la vida volvió a tomar su rumbo acostumbrado y las cosas tornaron a su habitual glacialidad. Y no solamente las cosas, hasta los hombres han ido cubriéndose de una pátina de indiferencia. ¿Tendría razón Manuel: viviremos entre los muertos?

Hay, sí, algo que no ha muerto completamente, que se alza sobre las "disputas de hombres"; lo que Gutiérrez Nájera quería que de él viviese:

. mientras disperso
Atomo de mi ser esconda el verso,
¡No moriré del todo, amiga mía!

Vive, aparte del inextinguible perfume de su bondad, la pujante fuerza que anima su obra, la influencia directa que ha ejercido, no sólo en los que llevaba en su barca, sino en los que después, en otras barcas, menos ligeras aunque más orgullosas, lo han seguido. Y ¡amargo *ricorso!* sigue viviendo como antaño, cuando se clavaban en él las lanzas del filisteísmo huracán y ramplón. Vive y resurge más intensamente *fuera* que *dentro* de casa, donde ya hay *superchico* que tiene en la pluma una gota de desdén para aquel que no trajo al acervo de las letras sino *palabras, palabras, palabras*. Así consta en un artículo de un joven que va para genio a toda electricidad y que llegará quien sabe a dónde en un próximo revoloteo político, merced a una oportuna iniciación de socialismo andante—*modern style*—y cuatro *lugares* proféticos señalando en las lejanías del horizonte los perfiles de la "ciudad nueva", todo ello prendido con alfileres, tras una rápida documentación de literatura barata: Biblioteca Sampère, treinta y cinco centavos tomo.—Y mi amigo Emilio Rabasa que me confesaba la otra mañana que todavía *persiste* en leer el *Quijote*. Por Dios, Emilio, *todavía!*

Por fortuna la obra de Gutiérrez Nájera ha roto el cerco de las fronteras patrias. Más allá de ellas tiene cuidadosos vigilantes que la amparan contra el olvido y la injusticia. Precisamente acabo de recorrer algo de Francisco García Calderón, el talentoso peruano, el prologuista de Alfonso Reyes, el discípulo de Boutroux—de Boutroux, que de no existir Bergson, muertos Tarde y Fouilleé, sería el filósofo más grande de la Francia contemporánea—que quiero insertar aquí, traducido, con la certidumbre de que doy algo nuevo para el público mexicano que lee únicamente español y

aun para una buena porción del que lee francés (1). García Calderón no es sólo un auscultador de la dolencia latinoamericana; tiene además una personalidad literaria de vigorosos contornos. Escribe el autor de los "*Profesores de idealismo*":

. "Este renacimiento cuenta veinte años apenas. Algunos precursores, Martí y Julián del Casal, los dos cubanos, uno revolucionario en poesía como en política, de vida trágica el otro; Gutiérrez Nájera, en México, revelaron a un continente, al que hastiaba ya el sentimentalismo, la palabra nueva. Ritmos desconocidos o nuevos y versos ágiles fueron portadores de un lirismo inédito e íntimo. Sin embargo, el acento no es todavía decadente: Banville o Gautier, y aun Musset no han cedido el puesto a Veraine, a quien se ignoraba lo mismo que a Mallarmé

"Por la viveza y el brillo del verso, Manuel Gutiérrez Nájera hace pensar en Banville. Expresa en un tono nuevo, criollo y exótico a la vez, las sensaciones complicadas que atormentarán más tarde a Rubén Darío. No se había puesto aun en versos españoles tanta gracia e ingenio, ni esta sensualidad que aplacan las lágrimas, ni esta orgullosa melancolía. *A Cecilia, Vidas muertas, Castigadas, Mariposas*: he aquí todo un lirismo nuevo, elegiaco y tierno, un ritmo desconocido, una *manera* olvidada. Fué un precursor. ¿Quién no conoce su elogio de la niña mimada que ama?

No hay en el mundo mujer más linda!
Pié de andaluza, boca de guinda,
Sprit rociado de Veuve Cliquot;
Talle de avispa, cutis de ala,
Ojos traviosos de colegiala,
Como los ojos de Louise Théo.

No siempre es tan frívolo. El misterio lo angustia; conoce la amargura de las ilusiones desvanecidas; tiene, como pesimista, la visión de estas mariposas de la muerte, que "tienen las alas muy negras y se acercan en fúnebre ronda". El "Monólogo del incrédulo" es una lamentación como la del Segismundo de Calderón, sobre la vanidad de la vida:

(1) "Les démocraties latines de l'Amérique," Francisco García Calderón, Bibliothèque de Philosophie Scientifique, Paris, Agosto de 1912.

Si es castigo ¿cuál pecado,
Sin saberlo, cometimos?
Si premio ¿por qué ganado?
Sin haberlo demandado,
Responded ¿por qué vivimos?

Poesías y crónicas están llenas de igual inquietud. Escribe *Odas* dignas de una Antología; traduce a Musset y a Coppée y su maestro es Gautier. Comparte con él su amor a la luz:

¿Qué cosa más blanca que cándido lirio?
¿Qué cosa más pura que místico cirio?
¿Qué cosa más casta que tierno azahar?

dirá, enamorado del ideal de blancura"

* * *

No, no son estas líneas un prólogo: son, simplemente, un impulso que responde a un deseo. Ha venido a mí la compañera de mi amigo, en solicitud de que abra con mi prosa arisca de surcador de la prensa, un tomo en que devotamente se han recogido artículos de Gutiérrez Nájera, poco conocidos unos, otros ignorados, yacentes en esta inahita fosa del periodismo, en el que no existen lápidas. Y yo he hecho a un lado las *notas* de mis clases, los apuntes reunidos para un posible libro; he apartado dos ó tres cuartillas del *editorial* de hoy—de mi eterno artículo diario, hace un cuarto de siglo; mi tormento! mi consuelo! mi tortura! mi liberación! mi castigo! mi recompensa! ¡la suprema necesidad de todas mis necesidades, cruel y amorosamente adherida a mi ser!—y he dejado que éntre plenamente dentro de mi espíritu este inefable recuerdo, que pone un claror de cielo en un atardecer empapado de añoranzas

¡Dios bendiga a usted, señora, por esta piadosa limosna de vida!

CARLOS DIAZ DUFOO.

México, Septiembre de 1912.

LEOPOLDO ZAMORA.

Yo tengo mi campo-santo, muy pequeño, muy humilde, pero de tumbas bien cuidadas y siempre cubiertas de flores. Sólo yo entro á él, porque los enlutados pálidos que pasean por las calles de cipreses, no son extraños, no son profanos, no son desconocidos, son mis recuerdos. A veces cruza una mujer de velo blanco por entre las hileras de sepulcros; pero no, no es una mujer . . . es alguna ilusión mía que se aparece. Iba á menudo—ahora voy todos los días—al pobre campo-santo, y nunca me he encontrado solo en él: ¡como que allí estoy en medio de los míos, de los que me esperan, de los que me aman! Entre los vivos sí, á ocasiones, me hallo solo, porque entre los vivos tengo verdaderos muertos. Ese . . . ese que pasa y me saluda, es un amigo muerto . . . muerto para siempre. Y así hay muchos!

Allá, en mi campo-santo, están los que no han muerto, los que no morirán hasta que muera yo. El sonido no debe ser la vibración de las ondas sonoras, porque oigo distintamente las voces de esos dormidos que